

**Las tarántulas  
venenosas no  
siempre devoran a  
los Dioses griegos**

**Rachel Antúnez Cazorla**

≧ 1 ≦

**S**in poder evitarlo mi vista bajó hasta sus labios, mientras él no para de hablar y juro que intentaba con todas mis fuerzas escucharlo, pero esos labios carnosos conseguían ponerme la piel de gallina. Podía entrever el piercing de su lengua y me perdía en la conversación.

— ...Yo siempre he pensado que era mejor comprarme esa furgoneta...

¡Ah, sí! Me estaba hablando de coches. Asentí y bebí un trago de mi Margarita, echando un vistazo alrededor a ver si alguien se había percatado de que mis mejillas cobraban cierto tono sonrosado. No sabía exactamente por qué, ¿sería por qué llevaba ya medio Margarita?

Miré mi copa pensando si el camarero podía haber puesto algo en ella, que me estuviera dando

este calor soporífero. Le eché una mirada furtiva, ya que en ese justo momento pasaba por mi lado y cogía el cenicero de nuestra mesa para cambiarlo por uno limpio. *"¡Estúpido engreído!, ¡qué se habrá creído ese camarero, que allí mismo iba a caer en los brazos de Héctor!"*. *"¡Ah, Héctor sigue hablando! Será mejor que le escuche..."*

— ... Por supuesto, siempre quise una T1, quizás del sesenta y siete, no sé exactamente por qué de ese año, pero es un sueño supongo. Sería incluso mejor si fuera en color rojo, admito que era lo que fantaseaba de pequeño...

Otra vez ese maldito piercing plateado se había dejado entrever y sentí un fuerte pellizco en el estómago que me hizo dar un buen respingo. Afortunadamente él no se dio cuenta. Sonreí y volví a asentir. *"¿Qué diablos será una T1?"* No tenía ni idea de lo que me estaba hablando, pero quizás inducida por la terrible droga que aquel estúpido camarero había echado en mi Margarita, me parecía incluso más seductor y a mi parecer estábamos manteniendo la conversación más interesante del mundo.

Me avergoncé por un segundo pensando que apenas conocía a Héctor y no entendía cómo podía provocarme tanto calor. *"Debí haberme pedido una Coca-Cola"*.

Agaché un poco la vista. Uf, no podía mirar un instante más sus labios y me encontré con esas manos: robustas y en su tamaño perfecto. Dejé volar un instante mi imaginación y pensé en lo que aquellas manos podían tocar. Por alguna absurda razón lo que me vino a la mente fue la imagen de una jovencita de veinte años derritiéndose en ellas y unos celos incomprensibles se apoderaron de mí.

— ¿Quieres algo más? —Silencio—. Gea... — más silencio—. ¡Tierra llamando a Gea! ¡¿Que si quieres algo más?!

Por fin volví al planeta donde se había quedado mi cuerpo inerte y oí mi nombre salir de su boca. Claro que yo siempre había deseado que me nombrara, pero quizás con un tono más dulce, ahora parecía molesto. Miré mi copa y vi que me quedaba casi la mitad y negué con la cabeza mientras me sonrojaba aún más.

Héctor rió. Pude ver dientes blancos como perlas, colocados perfectamente uno al lado del otro, con la intención de robar el aliento a personas como yo.

—Creo que has bebido demasiado, para ser las siete de la tarde —sonrió de nuevo y negué con mi cabeza.

—Perdona, se me fue el santo al cielo, ¿Y cómo terminaste comprándote esa Toyota Hiace? —

*"espero no haberme equivocado de marca"*—. ¿De qué año me dijiste que era? ¿Del ochenta y uno? — *"Uff, tanto a mi favor"*. Héctor pareció relajar su cara, menos mal que había escuchado alguna palabra de su conversación. Esto me daría quizás otra media hora para poder explorarle de arriba a abajo.

—Sí, ya sabes... me la ofrecieron por una porquería, creo que no llegó a mil euros. La vi y pensé...

*"Será mejor que suba la mirada y deje de pensar en arpías de veinte años revolcándose con Héctor, como lo había hecho yo ¿hace cuánto?, ¿mil años?"*. Miré de nuevo sus labios, *"¡no, aquí no, por Dios!"* y seguí subiendo hasta sus ojos...

Desde un primer momento no había sabido distinguir bien el color de sus ojos. Podría decir que eran algo verdosos con un toque de miel, adornado por aquellas inmensas pestañas que merecían la envidia de más de una mujer. Claro que a mis tiernos dieciocho años cuando lo había conocido, tenía las hormonas demasiado revolucionadas como para pararme a pensar qué color tendrían los ojos de aquel Dios griego, (sí, ya sabía que Héctor significaba algo de un príncipe de alguna época de ¿Troya podría ser? Creo que sí, cuya vida fue arrebatada por Aquiles, pero a mí bien me parecía más como Eros... sin duda alguna sus padres se

habían equivocado al elegir el nombre...). ¿Cómo iba diciendo? ¡ah, sí! ...que me hacía el amor desesperadamente en la furgoneta de su amigo. “¿¡Furgoneta!? ¡Oh Dios!”

Las alarmas saltaron y se me erizó toda la piel, era precisamente de lo que me estaba hablando ahora. Podría jurar que había oído la palabra “*furgoneta*” al menos unas doce veces en la última hora que llevábamos hablando en aquel bar. Quizás me hubiera recordado aquella tremenda época de sexo desenfrenado y desamor, los tres meses más sofocantes de mi vida... y yo no estaba escuchando ni una palabra de lo que decía.

Me sonrojé por mi comportamiento de quinceañera hormonada, sin parar de asentir. Gracias a Dios que me había pedido ese Margarita de fresa, así tendría una excusa perfecta para tener este color de gambón recién pescado. Héctor sonrió nuevamente, quizás pensó que había logrado captar mi interés en la conversación.

—Quise pintarla, pero no sé... tampoco está tan mal ahora. ¿No crees?

Yo había visto su furgoneta hacía un rato. “*Tengo que volver al coche a por el teléfono móvil, me lo he dejado atrás*”, me había dicho cuando apenas acababa de llegar. Por un momento pensé que iba a salir corriendo y me iba a dejar allí tirada, pensando: “*¡pero qué horror de mujer!*”

*¿¡Qué hago yo aquí!?*". Pero no, me pidió que le acompañase y volvimos juntos hasta la cafetería, lo que le dio tema de conversación para hablar un buen rato.

—Yo creo que está perfecta como está — menos mal que había escuchado su pregunta, no quería que hiciera un nuevo llamamiento a la Luna que era donde me encontraba en este momento. Asintió satisfecho, sonriendo y continuó diciendo algo acerca de que había tenido que reparar algo con fibra de vidrio. Dios, ¡por qué sería tan ignorante con respecto a este tema!, me gustaría poder intervenir y decirle: *"Pero ¿¡qué!?, no sería mejor haberla arreglado con un poco de..."* ¿qué narices se utilizaba en estos casos?, no sé... recuerdo que una vez se estropeó una tubería en casa y mi padre me envió a la Ferretería a comprar poxilina, ¿serviría la poxilina para algo en un coche? Tuve que soltar una gran sonrisa por mi ignorancia tan tremenda. Héctor sonrió satisfecho por haber captado tanto mi atención.

En ese preciso instante decidí que otro Margarita no me vendría mal, al fin y al cabo, el alcohol había conseguido que escuchara de una vez por todas lo que el pobre muchacho me estaba contando con tanto interés.

Pasó a mi lado aquel camarero que nos había atendido nada más llegar. *"No, éste no. No*

*quiero otra dosis de esa droga, me da demasiado calor*". Vi a una camarera pasar por el fondo del pasillo, venía hacia nosotros, en apenas dos minutos estaría a mi lado. Era pequeña, muy morena, quizás por la estación del año en que nos encontrábamos, y diría que tenía exuberantes curvas, si me hubiera importado algo. Pero sólo quería otro Margarita delante para saber dónde poner las narices.

Miré a Héctor, la verdad es que le agradecía que hubiera roto el hielo de aquella forma, aunque no me estaba enterando de nada. Dios, casi me muero de vergüenza cuando le vi aparecer. Hacía muchísimo tiempo que no sabía nada de él y ahí estaba de nuevo, lo había encontrado.



Llevaba un tiempo enganchada a las redes sociales a través de Internet, era un pequeño vicio que había adquirido hacía tan solo un año, cuando aún salía con el cuernífero\* de Marcos (\*cuernífero: pequeño capullo, hijo de perra, que se había tirado a todo bicho viviente mientras salía conmigo. De lo cual parecía estar enterado todo el mundo sobre la faz de la Tierra menos yo).

No sabía ni que existía nada parecido hasta que Marcos me enseñó a crear mi propio perfil,



donde tuve la satisfacción de encontrar a amigos que hacía años que no sabía absolutamente nada de ellos. Incluido en aquella enorme lista a Héctor.

Cuando vi su foto, no supe que era él... creo que me estuvo saliendo en "sugerencias" como dos meses antes de que pudiera darme cuenta. Esto ocurría porque yo tenía un amigo, Sergio, que era sobrino de su ex novia, Helena, una antigua "amiga" del instituto. Aquella arpía que no había dudado en robarme a mí... ¿novio? (bueno, no sé si éramos exactamente novios). Ella pasó delante de él, con sus espectaculares pechos y sus interminables curvas...

Era más alta y más delgada que yo, aunque yo tenía unos ojos verdes que no tenían comparación en el mundo, cosa que no me ayudó mucho a retener a Héctor a mi lado, claro está... Donde estén dos pechos enormes como melones y una larga melena rubia que agitar mientras contoneaba las caderas al caminar... en efecto, no podía luchar contra ella, era imposible: con mi uno cincuenta y ocho de estatura y mis chichas sobresaliendo de aquella talla cuarenta y dos.

Mis piernas eran más bonitas y estilizadas que las de Helena. Más curtidas por aquellas clases de natación que había tomado hacía un par de años, y que después de mucho tiempo habían logrado mantener una forma perfecta. Ella lograba

contrarrestarlo bien con aquellos vaqueros ajustados que empezaban justo debajo de aquel pendiente que llevaba en el ombligo y que indudablemente alzaba sus nalgas... ya nadie miraría más abajo, aunque yo me pusiera la minifalda más corta del mundo. Mi lisa melena castaña, no podía luchar con su rubio natural y mi piel tirando a blanquecina, nada tenía que hacer con ese moreno que siempre lograba conservar Helena... en fin... Héctor se quedó obnubilado por ella y me dejó tirada a los tres meses de estar juntos.

Cuando yo había conocido a Héctor parecía bien distinto que ahora. Con sus veinte años llevaba una melena casi del largo de la mía de entonces, que le caía lisa, con gracia, hasta mucho más abajo de los hombros. Cuidada y sedosa y que sin duda alguna aniñaban su expresión, haciéndole parecer casi angelical. Unido a aquella piel tan suave (juraría que su barba no era más que pelusa, aunque se la afeitara justo antes de cada una de nuestras citas), acompañado de aquel moreno cuerpo que nada tenía que envidiar a los que se pasaban horas en el gimnasio y su metro sesenta y cinco de estatura, sí ya lo sé, no era muy alto, pero todos los demás atributos hacían que te olvidaras de esta pequeña minucia. Era más alto que yo, no me importaba en absoluto que fuera algo más bajito que la media.

Me costó reconocerlo porque ahora llevaba el pelo muy corto, parecía incluso más oscuro, que resaltaban unos rasgos que con el tiempo se habían vuelto más varoniles. Sus ojos parecían más grandes y podría decir que su barba se había endurecido, por aquella pequeña sombra que lograba entrever. Sin toda aquella melena sobre la cara, no podías evitar centrar la atención en aquellos apetitosos labios. Parecía más delgado que la última vez que lo vi y menos moreno, pero no descuidado. Podía percibir un pecho bien marcado y un abdomen fuerte debajo de aquella camiseta.

Su foto de perfil quitaba el aliento. Encima de una súper moto, una Ducati Monster que se había comprado su hermana hacía unos meses, creo que le oí decir durante la primera media hora de nuestra conversación. Llevaba una chupa de cuero, unas enormes gafas de sol (causa por la cual me costó aún más reconocerlo) y unos vaqueros tan ajustados, que estaba segura que si estornudaba se le rajarían de arriba a abajo.

Las primeras veces que me salía en sugerencias pensé "*¿quién será este chulo estúpido?*" y pinchaba en "ignorar sugerencia". Hasta que un día, después de haberlo visto por millonésima vez en aquel recuadro de amigos potenciales, decidí entrar en su perfil para ver quién era ese tipo que se creía el ombligo del mundo.

Al ver su lista de contactos, vi a Sergio y de pronto supe quién era. No había caído en su nombre, claro ¿cuántos Héctor podía haber en aquella red social? ¿Dos millones? Cuando lo había conocido si él me había dicho su apellido, no lo recordaba diez años después. Héctor Suárez. Claro que aunque en algún resquicio de mi mente se hubiera guardado esta información, jamás hubiera pensado que era él.

Durante unos segundos pasé el ratón por encima del botón "Agregar a mis amigos" y sentí casi instantáneamente una descarga eléctrica. "¡Pero qué estúpida soy!", pensé, seguro que ni se acuerda de mí.

En lugar de agregarlo pinché rápidamente en el botón "Enviar mensaje" y quedó algo así:

*"Gea Almeida el 19 de mayo a las 20:59*

*¡Hola! ¿Qué tal todo? Bueno, te veo muy bien, me alegra saber de ti. Un abrazo."*

"¿iMe alegra saber de ti!?" Qué estúpida me sentí un instante después. Seguro que ni siquiera sabía quién era yo, y desde luego no había sabido nada de él, al menos en los últimos ocho o nueve años. Sacudí la cabeza, cerré aquella página de Internet y me fui a cenar, o a intentarlo, ya que mi

nevera llevaba días vacía y no había pasado por el Supermercado. Odiaba ir a hacer la compra, eso siempre lo hacía Marcos, antes de irse a vivir con aquella tipeja cómo-se-llame, que se había camelado a mi ¿prometido? Suena fatal, a película antigua, pero al fin y al cabo era así. Habíamos decidido que íbamos a casarnos, claro que aún no había fecha, ni se lo habíamos comunicado a nadie, pero sí que lo habíamos decidido. Fue en nuestras últimas vacaciones juntos, al quinto o sexto Ron con Coca-Cola, él me lo pidió y yo le dije que sí, que no hubiéramos vuelto a hablar del tema, no significaba que lo hubiésemos descartado.

En fin, me sentí tan estúpida. Él parecía incluso más guapo que antes y ¿yo? Quizás había aumentado una talla desde la última vez que nos vimos. Había tenido que tapar mis hermosos ojos verdes con unas gafas por culpa de la miopía, debida a una media de diez horas al día pegada al ordenador —esto era un poco exagerado, para sumarlo a mi completa autocompasión, ya que la mayoría de las veces usaba lentillas, y las gafas tampoco me quedaban nada mal, me hacían parecer más intelectual e interesante—. Quizás me había salido alguna arruga, bueno, no sabía si eran imaginaciones mías. Yo veía una pequeña sombra de lo que hubiera sido un ceño fruncido, aunque todas mis amigas me decían que era una completa estúpida cada vez que lo mencionaba. ¿Se podían

acaso tener arrugas con veintiocho años? No sé, en ese momento me pareció adecuado para sumarlo a la lista.

Fui hacia la cocina y agarré una gran tarrina de helado de tres chocolates, reservado para exclusivas emergencias\* (emergencias\* como ésta en la que me sentía una perfecta idiota por haber hecho caso a aquella ignorante sugerencia de amistad. ¿Acaso no sabía aquella página web que ese muchacho había destrozado mi corazoncito recién salido del Instituto? La Universidad fue un desastre después de aquello). Sólo para estos casos extremos, ya que no iba a pegarme el día contando las Kilocalorías que comía para luego atiborrarme a ¿quinientas? ¿Mil? Kilocalorías de una sentada, que echarían por la borda semanas enteras de ensalada de apio, lechuga y tomate con algo de proteínas para acompañar, más un poco de hidratos de carbono una vez a la semana, todo ello seguido de una succulenta ¿manzana? de postre.

Fui hasta la funda de "películas de emergencia", una selección de películas ñoñas y sensibleras, empalagosas y subrealistas... que me encantaban. Así que dispuesta a atacar mi cuerpo con aquella tarrina de helado y cogiendo antes un paquete de Cleanex, no fuera a ser que la película elegida me hiciera soltar alguna lagrimilla y tuviera que mover el culo del sofá para poder sonar mis mocos. Me dispuse a pasar otra patética tarde de

miércoles sin Alicia (que se había mudado unos meses a mi casa, hasta que se pasara la "gran depre" por el cuernífero en cuestión) que había salido con su nuevo ligue, Samuel, ¿al cine? Ahora lo llaman así, cuando estaba segura que se habían ido al primer picadero a desahogar esa típica llama de las primeras semanas de encuentro.



Ya me había olvidado de Héctor, y de la sofocante decepción al encender el ordenador al día siguiente y no tener ninguna respuesta. Habían pasado ocho días, y allí lo vi: "*Tiene un mensaje de Héctor Suárez*" dentro de una lista de diez correos electrónicos. "*Pues ahora se aguanta*", pensé... y me puse a analizar los demás correos. Un mensaje de una compañera del trabajo, tres sobre publicidad y todo lo demás no era más que basura reenviada por amigos que no tenían otra cosa mejor que hacer y que pensaban que yo iba a perder mi precioso tiempo viendo interminables y aburridos Power Points sobre cualquier cosa.

Esta vez lo hice, leí con detenimiento los nueve correos electrónicos restantes y por último abrí el de Héctor.

*"Héctor Suárez, el 27 de mayo a las 22:23:*

(Acababa de enviármelo, apenas eran las 22:36. Me sonrojé como si me estuviera viendo por un agujerito y me hubiera descubierto haciendo el tonto antes de leer su e-mail).

*Hola guapetona. Las apariencias a veces engañan, je je. ¿Y tú qué tal? Se te ve muy bien, me alegra saber de ti.*

(¿acaso había copiado y pegado el mismo mensaje que yo le envíe?).

*Besos para ti y saludos para Marcos".*

Di un respingo al ver este último nombre. ¿Cómo sabía lo de Marcos? Él y yo salimos juntos unos seis años y yo llevaba casi nueve sin saber de Héctor. *"¡Maldito Sergio!"*, pensé (mi amigo, sobrino de mi "buena amiga" Helena).

Casi al mismo tiempo que lo pensé me di cuenta que en mi perfil todavía tenía una carpeta con fotos titulada *"Marcos y yo. Vacaciones de Semana Santa"*. Donde había una larga tirada de fotos besándonos y sonriéndonos en las diversas instalaciones de aquel precioso hotel que habíamos decidido visitar hacía como dos años antes de que se rompiera nuestra relación. Y que había decidido colgar porque en esas fotos me veía guapa, morena



y más feliz que nunca. Claro que una vez que el cuernífero decidió abandonar mi casa, no se me había ocurrido entrar a mi perfil a eliminar aquella sarta de estúpidas y acarameladas fotos que me daban ganas de vomitar.

Así que Héctor jugaba con ventaja, yo no había inspeccionado bien su perfil y él ya había visto las fotos que yo tenía colgadas en el mío. Fui a la cocina a inspeccionar la nevera, acababa de cenar y aún no había sucumbido al apetitoso postre que me esperaba, un yogur desnatado: bien de fresas, o si me portaba bien, cremoso de fresas y plátano. Me decidí por este último, la ocasión lo merecía.

Casi me atraganto cuando entré en su perfil y vi una escueta carpeta que apenas tenía unas diez fotos donde se veían algunas imágenes familiares y tan solo una me dejó estupefacta, que ponía "Mis chicas" y estaba él junto a una muchacha que podría tener unos veintitrés años, junto a una pequeña mocosa de poco más de un año. Él le pasaba el brazo por encima a aquella niñata de ojos oscuros y pelo castaño, con unos labios tan carnosos como los de Héctor. La pequeña tenía los rasgos de él, quizá también el color de los ojos eran iguales a los suyos. ¡¡Era padre!!, miré hacia abajo y me vi con aquel ridículo pijama infantil, con pequeños dibujos de Disney y pensé: "*Bueno, por lo menos alguno de los dos ha madurado*". ¿Qué le iba a decir ahora? "*Saludos a tu estupenda familia*

*perfecta, yo dentro de poco me casaré con Marcos y tendré diez hijos", pensé contestarle. En su lugar escribí:*

*"Gea Almeida. El 27 de mayo a las 23:02.*

*Pues muy bien, con la cabeza sentada de una vez, como todos, que los años pesan...*

(No pensaba decirle lo de los diez hijos, pero no me vendría mal que pensara que por lo menos tenía una vida de adulta).

*Veo que tú tienes una peque.  
¡Felicidades!*

(¿Por qué dije eso? Si realmente quería escribir: capullo sigue-Helenas, que te pudras con tu pequeña familia perfecta).

*Un abrazo muy fuerte".*

Tuve que contenerme mucho para no ir a agotar las provisiones de helado de tres chocolates que me habían sobrado la semana anterior (después de haberme comido más de media tarrina, tuve que estar cinco días sustituyendo el pan integral con pavo, por unas repulsivas latas de piña en su jugo, y así compensar el exceso). En su lugar me permití el capricho de coger una galleta "Digestive" con chocolate (esto suponía tomar piña tan solo un día y

sólo si llegaba a comerme tres seguidas) que saciaría la ansiedad del momento. Al fin y al cabo, apenas lo conocía. ¿Qué más me daba a mí que tuviera una hija?, por mí como si tenía doscientas. Yo estaba súper a gusto con mi pijama de "Alicia en el País de las Maravillas" y mi culo enorme sentado delante de mi tele extra-plana. Donde no tenía que discutir con nadie por ver el canal que yo quisiera y podía dejarla apagada durante todo el día, sin que nadie se quejara por ello.

Cinco minutos después tuve la respuesta. No es que me hubiera dirigido al ordenador para mirar, sólo que tenía que buscar cómo se hacía aquel dichoso puré de zanahorias que tenía que almorzar al día siguiente y la receta la tenía en el disco duro. Ya que estaba ahí, no me haría ningún mal revisar el correo, por si había entrado alguno de última hora.

*"Héctor Suárez. El 27 de mayo a las 23:07*

*Sí, bueno, no soy el padre. En realidad es mi sobrina Daiara y mi hermana pequeña Graz, si te refieres a la foto que tengo colgada. Graz tuvo a la niña hace dieciocho meses. Besos".*

Por alguna razón estúpida respiré aliviada y me arrepentí en el acto por aquella galleta de chocolate que acababa de devorar.

